

Séptima carta abierta al pueblo de Maranatha

(Predicación de Lázaro y Iosune)

La palabra del arcángel evangelizó a María. La hizo cristiana. Evangelizar siempre fue y será anunciar a Jesucristo: *Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús* (Lc 1, 31). La palabra viva no tiene otro fin que concebir a Cristo y darle a luz, en María y en cualquiera de nosotros. Su nombre es Jesús y no puede ser otro porque el destino de la Palabra siempre será salvar. María en su sencillez dijo: *Hágase en mí según tu palabra*. Y fue la primera salvada.

Maranatha es un pueblo que siempre ha gozado de palabra abundante. Ha sido evangelizado y hecho cristiano por esa palabra. Ella es su principal carisma del cual beben también otros pueblos. Por eso este pueblo se ha hecho amante de la palabra, de una palabra viva y salvadora, que le alimentaba con frecuencia. Siempre me ha parecido bellísimo oír al pueblo utilizar el verbo alimentar en referencia a la palabra: “necesito palabra o lectura que me alimente”. La predicación de Maranatha nunca fue confundida con el discurso de un cursillo, de una clase, de una catequesis ni de nada que se dirigiera a la mente. Estas cosas enseñan, capacitan, ilustran, explican, aclaran pero no alimentan. El alimento se necesita para vivir, las explicaciones para dar lustre a la vida. La vida es lo primario; lo demás es importante pero secundario.

Este hecho señala una parte de la identidad de Maranatha que no debe ser olvidada. Si alguien se olvida de ella y da más importancia a la bañera que al niño generará conflictos, como ha sucedido últimamente. En un grupo es bueno que haya las dos cosas; lo que pasa es que la catequesis se puede dar con una buena preparación humana mientras que la predicación o anuncio kerigmático no puede darse sin la unción del Espíritu Santo. Esta unción es precisamente lo que alimenta. Sin esta unción nunca hubiera existido la Renovación carismática; ella es la que hace que un

discurso se convierta en carismático. Ella es también la que evangeliza, la que alimenta, la que nos hace cristianos. Sin ella el cristianismo es pura cultura religiosa.

Maranatha es un pueblo, como María, del *hágase en mí*. La respuesta al cursillo o catequesis es: “de acuerdo, haré todo lo que pueda y esté de mi parte”. Es una buena respuesta pero tiene un peligro: que se puede caer en el protagonismo personal robándole la gloria a Dios. El *hágase en mí*, el *fiat*, pertenece a la onda de la gratuidad, donde el quehacer humano se torna pasivo aunque intenso en el recibir, con lo que se da a Dios toda la posibilidad de obrar a su manera. Por eso, la Virgen pudo ser totalmente llena de gracia y, por eso también, Maranatha, cuanto más se vuelva al *hágase en mí*, más llena de gracia estará.

Yo veo a María, después del anuncio del ángel, correr presurosa a la montaña a compartir con Isabel. Tenía hambre, necesitaba desahogar su experiencia, porque la palabra del ángel no sólo le comunicó conceptos sino que la embarazó. La trasformó, por ende, en una criatura nueva. Su experiencia era inédita, nunca le había pasado algo semejante. Necesitaba ver a Isabel, escuchar su milagro, contrastar la obra de Dios en ella. Al encontrarse ambas estallaron en alabanza y profecía. Isabel dijo algo así como esto: “Gracias por tu fe, María, esa fe te ha hecho la madre de mi Señor”. Al decir estas cosas el niño de Isabel daba saltos de gozo en su seno. María contestó: *Proclama mi alma la grandeza del Señor*.

No sé por qué me ha salido esta introducción. En realidad, lo que intento en esta carta es comentar la predicación que hemos escuchado en el retiro del fin de semana pasado, IV Domingo de adviento de 2009. En este retiro tuvieron lugar también las elecciones para un nuevo equipo de servidores de Maranatha. No era nada fácil esta predicación porque la Palabra encontraba a un pueblo dividido por un largo conflicto. La experiencia nos dice que cuando el auditorio está dividido, la palabra resbala y no destila ningún tipo de unción. Creo que esta vez ha sido la excepción porque hemos escuchado palabra altamente ungida.

Los encargados de pronunciarla han sido el sacerdote carmelita Lázaro Iparraguirre y Iosune, ambos suficientemente conocidos y queridos

en Maranatha. Las dos charlas corrieron a cargo de Lázaro. Según mi opinión dijo cosas del Señor, ungidas por el Espíritu, y apuntando en directo a nuestra situación de conflicto. Por eso se me ha ocurrido resumirlas en una carta, ya que muchos, tan cercana ya la Navidad, no pudieron asistir y a otros nos viene bien reflexionarlas de nuevo. Me dio la sensación de que Lázaro¹ estaba muy al tanto de lo que ocurría en Maranatha. Si no es verdad lo que digo, el que estuvo al tanto hasta el detalle fue el Espíritu Santo. Su palabra nos encerró a todos en el pecado, como dice la Biblia, para que pudiéramos escucharla con un corazón compungido. A mí me llegó y la disfruté directamente desde el Señor y le daba gracias por su misericordia. Creo y espero que le haya ocurrido lo mismo a la mayoría. Al terminar me acerqué a él, y con trabajo, por la cantidad de gente que le daba el parabién, le dije: “Es la mejor predicación que has hecho en tu vida”. Tal vez no sea así pero con esas palabras yo sabía que daba gloria a Dios.

Pienso que intentó darnos una catequesis, como suele hacer con sus jóvenes, pero resultó con tanta unción que yo la sentía continuamente como kerigma. Desarrollo de catequesis pero unción de kerigma. Por eso, a muchos, nos alimentó y nos llenó de la alegría de la Palabra. Cuando se oye algo semejante uno siente que Dios le está amando, que no puede hacerse más cercano, que qué grande es la gracia de poder saborear la Palabra. Yo sentía que el Señor nos hablaba con nuestro propio lenguaje, el de Maranatha, el que ha constituido a este pueblo. Lo escuchaba como una profecía en la que Jesucristo nos decía: “No tengáis miedo. ¿No veis que estoy en medio de vosotros?”

Comenzó leyendo el texto de Lucas 4, 16. En él Jesús habla a la gente de su pueblo y les dice: *El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres, dar vista a los ciegos, oír a los sordos, libertad a los cautivos y un año de gracia para todos.* Al terminar la lectura nos conminó a todos a abrir nuestro corazón. Si Jesús no pasa por él da lo mismo hablar que no hablar, que venga uno o que venga otro. Yo vengo de provincias a la capital y esto me hace

¹ Para evitar el escribir el nombre propio, en la carta nombraré a Lázaro como el predicador o con algún nombre semejante.

tremar y temblar por añadidura, pero lo importante es dejar que Jesús se mueva a gusto por esta sala. Cantalamessa cuando tiene que hablar le dice al Padre: "Mira, voy a hablar de tu Hijo, así que encárgate tú".

Lo importante es tener un encuentro con Jesús. ¿Cómo se hace esto? No se trata de hacer cosas sino de dejar que él provoque en nosotros lo que quiera. Para eso necesitamos en primer lugar su gracia, ya que no se trata de querer o correr sino de que él tenga misericordia y, en segundo lugar, una apertura personal, con un deseo vivo de que su voluntad se haga carne en mí y que yo me sienta como el ciego que desea la vista o el cautivo que ansía la libertad. *Pedro le dice: No me lavarás los pies. Entonces, responde Jesús: No tienes parte conmigo.* Quizás Pedro pensaba que ya los tenía limpios por lo que el Señor debía fijarse en otros que los tenían muy sucios. Pero Jesús nos dice: *Si no os convertís, pereceréis todos...* como los malos en las películas.

La palabra del predicador resonaba clara y limpia y la necesitábamos. ¿Quién de nosotros es capaz de entregarle todo al Señor, suceda lo que suceda, en medio de un conflicto? Pese a la buena voluntad los nervios y temores infectan el corazón. Yo mismo, que he estado muy lejos de todo el embrollo en los últimos meses, tuve que hacer un esfuerzo para concentrarme en la Palabra. La calidad de lo que estaba escuchando se impuso y me entregué a ella. Me ayudó mucho el colocarme en un lugar donde no veía caras. El predicador tenía toda la razón: ¿quién tiene aquí los pies más sucios? Yo, por si acaso, dejaba que la palabra me hiriera todas mis convicciones y seguridades.

En efecto, -continuaba el predicador- damos por supuestas demasiadas cosas. La gracia no la puedo dar por supuesta porque la transformo en obligación. No puedo dar por supuesto nada de lo que es gratis, ni siquiera el cariño y el amor de los hermanos. El día que lo dé por supuesto lo exigiré. También al Señor le exigimos muchas cosas que son gratuitas. No vivimos como los pobres y sencillos, que esperan su

alimento y su pan cada día. Si doy por supuesto que me lo merezco todo, lo exijo todo, como en la sociedad actual.

En la Renovación carismática damos por supuesto casi todo. Como ya lo sabemos... Con lo cual prescindimos con suma facilidad de Cristo y de su Espíritu. Al no disfrutar del contacto directo lo transformamos todo en ley, en costumbre, en obligación. Hacemos decir a Dios lo que nosotros queremos que diga. Me acuerdo de la fascinación de los primeros tiempos, cuando nadie sabía nada de nada. Nos poníamos a orar porque no había caminos hechos y lo esperábamos todo. Recuerdo la fascinación que nos producía el recibir el carisma de lenguas, conocimiento, la alabanza, el aprender a estar y a orar en grupo. Lo malo que tiene un buen maestro es que aprendemos pronto y prescindimos de él. Ya sabemos cómo se alaba, cómo se profetiza, cómo se intercede y perdemos la gratuidad. Ya no es el Señor el que hace; somos nosotros los que hacemos y hay una diferencia bastante maja.

Decía Cantalamessa que en Pentecostés hubo un ruido y un fuego. El ruido debe despertarnos y el fuego encendernos y motivarnos. Estamos muy bloqueados. Necesitamos vivir la teología de la encarnación, aquí y ahora, en este momento, porque mañana ya será tarde. En todos hay una experiencia de pecado, personal y colectivo. Hay pecados que provocan y otros que responden a la provocación. Son distintas formas de estar bloqueados.

Tiene razón el predicador. El peligro de un conflicto es responder a una provocación con otra, luchar con las mismas armas, con lo cual ya no es un conflicto cristiano y fructífero. Se busca vencer. Estamos todos muy acostumbrados a actuar así. Es nuestro lote. ¿Dónde puede encontrarse la salida? Nos lo va a decir inmediatamente el predicador. La salida solo existe cuando se ama la voluntad de Dios pase lo que pase. Yo pienso que amar la voluntad de Dios en Maranatha es preservar su esencia, su identidad, lo que se nos ha dado a lo largo de los años. Para estar subjetivamente ciertos de eso hay que examinarse en serio, no sea que estemos infectados de búsqueda de poder, de significación, de estar en el

centro, de que se nos tenga en cuenta o de cualquier otra prestación psicológica. Hay que adelantarse a los acontecimientos y no dar ocasión a ninguna provocación. Me estoy refiriendo a grupos como los nuestros donde no hay ningún encargo canónico. Cuando en 1980 oí a algunos hermanos en la Coordinadora nacional decir que si se iban ellos la Renovación se hundía, perdí la inocencia y comencé a pensar mal diciéndome: Pero estos, ¿quiénes se pensarán que son?

La obra del Señor no necesita pilares incommovibles. Lo importante -siguió diciendo el predicador- es amar la voluntad de Dios, abrirse a ella, y dejar que actúe en nuestro corazón infundiéndole en él lo que él quiera. Tenemos que preguntarnos: ¿realmente queremos hacer la voluntad de Dios? Jesús era un apasionado por la voluntad del Padre. Si en la Renovación no hemos llegado a querer hacer lo que Dios quiera en nosotros, nos hemos perdido lo esencial de su contenido. No somos nosotros los que hemos de planear y plantear. La viña le pertenece. Él es el que manda y la obra es suya. El que no busque la voluntad de Dios se enredará en muchos porqués. Si no encuentra el porqué de una humillación no la soportará, si no encuentra el porqué de una decisión no la acatará. No podrá crecer porque no se entregará al plan de Dios. La gran pregunta es: ¿Nos interesa la obra del Señor por encima de todo?

Maranatha es un grupo luz, una especie de buque insignia, porque el Señor ha puesto en él personas, dones y situaciones que se han convertido en iluminación para otros grupos. Sigue siendo un punto de referencia; si pierde la luz, otros extraviarán el camino. Si deja de ser sal, otros perderán el sabor de la Renovación. No se ha hecho la luz para colocarla bajo un clemín sino en un candelero. Es como un gran puchero en el que el Señor cocina salvación, si no tiene sal, sabe mal y se echa por la fregadera. La voluntad de Dios para Maranatha parece clara y este pueblo debe, pues, clamar por la voluntad de Dios.

¿Y si yo no tengo este deseo?, puede preguntar alguno. Pues ponte a orar y arrímate al que lo tenga porque se contagia. Si se salva el pueblo tú te salvarás en él, aunque tus sentimientos estén flojos. Estamos hablando, de alguna manera, de la vocación. Hemos sido llamados, vocacionados por el Señor. La vocación es una provocación. En Venezuela dicen: ¿Le provoca a usted esta comida? Es decir, ¿le excita el apetito? Jesús provocó así a sus apóstoles. Como dice la canción: "Me sedujiste, Señor, eras más fuerte que yo y me venciste". Jesús nos provoca para que nos dejemos salvar por él.

Sabemos que ya estamos salvados pero, a veces, un pecado requiere actualizar la salvación. ¿Cómo es que estamos salvados y no podemos con esta crisis? No se compadecen los dos términos. Proclamo la salvación gratuita, pero si no la experimento en mis crisis ¿para qué me sirve? Hay que dejarla encarnarse en lo que hoy me está quitando la vida, en mis muertes, en mis pecados e impotencias. De lo contrario, es poner varas en la rueda de la salvación del Señor. No podemos referirla a lo que sucedió atrás. El paso del mar Rojo, si no sucede hoy, no nos sirve de nada. Lo que tenemos que experimentar es cómo pasa hoy por Maranatha y nos libera de esta crisis.

Sería bueno hacernos dos preguntas en el corazón: ¿Queremos la salvación del Señor? ¿La quiero hoy para esta situación de crisis? Si es así: "Adelante, Señor, cuenta conmigo". Tiene que ser en pura fe. No sabemos adónde nos va a llevar el Señor y siempre nos pillarán a contrapié. *Sal de tu casa y vete a la tierra que yo te mostraré.* Esta es la provocación del Señor en esta tarde. ¿Estás dispuesto a dejarte provocar hasta la entrega de tu voluntad? Déjate sorprender como en el amor primero. El amor viejo, el resabiado, el que no tiene emoción ni ternura, a Jesús no le vale. Quiere el amor primero, el juvenil, el que se deja sorprender, el que te puede cambiar en una criatura nueva. ¿Qué pasa? ¿Ya eres viejo? ¿No te conmueve nada? ¿Antes todo era maravilloso y ahora nada?

Así terminó la charla de la tarde. Hubo mucha alegría en mucha gente tanto por el tono tan familiar, tan nuestro y tan cercano como por el contenido. Oí varias veces esta frase: “Esto ha comenzado bien”. La verdad es que no se esperaba gran cosa del retiro por la situación interior, el malestar y la zozobra de los corazones. La crisis había desinflado a muchos y el cansancio les podía. La charla de Lázaro tuvo un efecto balsámico reabriendo la esperanza de que el Señor actuaría. Nos sonó tan ungida, tan puntual, tan a la medida que cualquier corazón abierto escuchó hablar al Señor. El mismo tono continuó en la Misa subsiguiente y en la adoración después de la cena. Para mí la tarde fue redonda y me fui a la cama con el gozo en el corazón. El tema de la votación estaba ahí pero la Palabra le había quitado el aguijón.

A la mañana siguiente predominaba la alegría y la fraternidad. Tal vez algunos no estaban tan alegres y contentos pero la Palabra había dado para eso y para más todavía. La alegría mayoritaria del pueblo es el mejor signo de la presencia viva del Espíritu Santo. Sea como fuere, a muchos nos dominaba el gozo y bien sabe Dios que no era por ningún presentimiento acerca de los resultados de la votación. El gozo era por una clarísima presencia del Señor, al menos para los que se habían dejado limpiar por la Palabra. Yo puedo testificar que me dejé limpiar y tenía claro que una predicación limpia y pura vale más que un equipo y un grupo entero. De estos se pueden crear muchos pero una predicación en el Espíritu es un milagro sobrenatural.

Después de unos laudes gozosos, pero muy comedidos para lo que se estila en Maranatha, dio comienzo la segunda charla, también de Lázaro. Leyó el capítulo 15 de San Juan hasta el versículo 8: *Yo soy la verdadera vid. Cada árbol se conoce por sus frutos. Vamos a permitirle al Señor que nos ilumine esta mañana sobre los frutos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos y viceversa. El fruto no es el resultado desnaturalizado del árbol sino algo natural en él. Que nos hable el Señor de los frutos que tiene que dar Maranatha.*

La Biblia, entre todos los árboles, privilegia la viña. El Señor plantó en Maranatha una viña y espera que esta produzca frutos y no agraces. Frutos de Espíritu como lo atestigua la historia de este pueblo. En algunos momentos puede estar la viña enferma o puede haber sequías y plagas pero, si es buena, seguirá siendo buena aun en su debilidad. El que empezó su obra en Maranatha no dejará de llevarla a feliz término.

No estoy volviendo al tema de las obras. El discurso de las obras es un discurso de méritos, de esfuerzo, de protagonismo personal, de conquista de la salvación. Debemos de tener claro que ya hemos sido salvados gratuitamente por Cristo. No necesitamos el esfuerzo para salvarnos. Ahora bien, la salvación ya realizada produce frutos y estos son el mejor indicador de autenticidad. En las empresas utilizan hoy el lenguaje de los indicadores en referencia a la producción, al mercado y a las ventas. Los buenos frutos son los mejores indicadores de que estamos injertados en el árbol del Señor. El Señor menciona seis veces en ocho versículos que espera de nosotros frutos.

Para poder dar frutos es necesaria una desagradable operación que consiste en dejarse podar. La poda no corta al sarmiento sino algo del sarmiento. Quien no se deje podar terminará sin dar fruto. Es necesario pasar por períodos en los que el Señor nos pade. Es muy bonito, y hasta lo pedimos en momentos de devoción, pero cuando le vemos llegar con las tijeras... Nos poda en la carne, en nuestra humanidad, en nuestras ilusiones, pretensiones, alegrías humanas y en tantas otras cosas que nos duelen. El que no produce frutos lo corta. Pedimos al Señor que no venga a cortar ningún sarmiento en Maranatha.

Acordaos de la parábola de la higuera: "Un año más". Voy a cavar a su alrededor, abonarla y a regarla con cuidado, la voy a mimar con todo cariño. Así tenemos que ver el trabajo del Señor en Maranatha. No debemos tener miedo porque tenemos un Paráclito que intercede ante el Padre. El Señor sólo quiere podar y sulfatar. A una planta no le debe gustar que le echen los venenos del sulfato pero a pesar de lo

desagradable de la operación sale ganando porque mueren los bichos que le hacen daño. ¿Qué es lo que necesita hoy ser podado en Maranatha? ¿Por dónde está pasando hoy el Señor en este grupo?

La gracia no hay que darla por supuesto ni tampoco está claro que me dejó podar por Jesucristo. Nos solemos fijar más en los otros. Cuando le veo venir con la podadera le digo: "Señor, vete para allá, mira qué cuernos tienen aquellos". Se nos nota cuando no nos tenemos cariño. Cuando uno dice: "Yo te quiero mucho pero...". ¡Ay, Dios mío, qué traerá ese pero! La tendencia a decir al labrador "vete por aquellos" tiene que ser autocrítica. El que esté libre que tire la primera piedra. Si viniera Jesús a esta sala y nos lo dijera ninguno nos levantaríamos con una piedra en la mano. ¿Por qué, pues, queremos decir al labrador: mira esos qué necesidad tienen de que los podes? No os olvidéis de aquello de la paja y la viga en el ojo.

Son buenos y necesarios los tiempos de poda y purificación sufridos en nuestra propia carne, en nuestra humanidad. Es cuestión de dejarse hacer. Debemos de orar: "Corta, Señor, en mi orgullo, mi crítica, mi falta de aceptación...". Debemos sentir la operación como dolorosa. Si no te duele es que no estás siendo purificado o no lo estás aceptando. La mística del sufrimiento como acumulación de méritos quedó atrás. La poda solo tiene sentido en orden al amor, al vivir en comunidad, a la entrega, a la alegría y, en general, a todo lo que se refiere a dar frutos.

Hoy nos conviene releer los últimos capítulos de Gálatas. En el capítulo 5, 16 nos dice: *Yo os digo: si vivís en el espíritu no daréis satisfacción a las obras de la carne. Las obras de la carne están patentes: lujuria, idolatría, enemistades, contiendas, celos, animosidades, rivalidades, partidos, sectas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes.* Fijaos en que no habla de frutos sino de obras. Yo me pregunto: en mi sarmiento, en el de Lázaro ¿cuáles son las obras de la carne? ¿Qué es lo que hay que podar? Si esos indicadores de la carne están

en nosotros debemos dejarnos podar. De lo contrario, nos quedaremos sin la experiencia del Reino que Dios sembró en Maranatha.

En cambio el fruto del Espíritu es: *amor, alegría, paz, comprensión, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí*. Nueve preciosos frutos que referidos a una comunidad hacen de ella el paraíso del Espíritu. Tantos años conociéndonos y queriéndonos, a veces más de treinta años, es sin duda fruto del Espíritu. Debemos ser conscientes de que el Otro también está cerca merodeando porque estos frutos no le gustan. Todos son bellos pero el último es magnífico y más que aplicable a vuestra situación: el dominio de sí. Significa no perder el control, tener el señorío de Jesús sobre nosotros, dejar que el Señor domine en mí. A veces perdemos el control y nos pasamos cuarenta y cinco pueblos. Contra tales cosas no hay ley, es decir, cuando actúa el Espíritu no necesitamos leyes.

Así terminó la charla y acto seguido tuvimos un descanso. A las 11.30 ya estábamos reunidos todos en la sala donde iba a tener lugar la votación. Un miembro de la regional presentó el acto y nada más terminar se levantó una persona que, en nombre suyo y de otros once, protestó por algo y dijo que aún faltaban muchas cosas por aclarar del litigio en el que estábamos sumidos desde hace tiempo. Ellos se sentían ofendidos sin que se les hubiere dado ningún tipo de satisfacción. En consecuencia, no procederían a votar, y se salieron de la sala.

Así lo hicieron ante el asombro y el estupor de la inmensa mayoría. Desde ese momento no han vuelto a participar en nada. Yo nunca había visto tal cosa en Maranatha ni en nada que se relacione con el Espíritu Santo. Esto tiene cabida en una reunión social o política, si es el caso. ¿Cómo es posible que hagan esto después de la predicación que hemos oído en la que claramente estaba la unción del Señor? En la Constitución de los Dominicos hay un número que, al hablar de las faltas de los frailes, dice que una falta no se ha de medir por la gravedad en sí sino por el daño que haga a la comunidad. Lo primero pertenece a la vida privada y nadie tiene derecho a juzgarlo sino el Señor. Lo segundo afecta a la comunidad y ahí sí se debe valorar el detrimento producido. Yo no soy quien para juzgar a

estas personas ni sus intenciones, eso le pertenece al Señor. Ahora bien, el daño y el desprecio al pueblo y a la comunidad están patentes. Pienso que es una falta que, como cualquier sabia Constitución diría, debe ser reparada.

Hay un texto en la Biblia que de ninguna forma deseo que se cumpla en este caso porque son hermanos queridos. El texto dice: *Salieron de entre nosotros pero no eran de los nuestros* (1Jn 2, 19). Pido a Dios que esto no se cumpla: primero por ellos y segundo porque, en último término, si se van, el fracaso nos afectará a todos.

Chus Villarroel O.P.
Palencia, 4 enero 10